



Albert Lladó
La travesía de las anguilas



ALBERT LLADÓ

La travesía de las anguilas

Galaxia Gutenberg

Esta novela ha recibido la ayuda de:

BECA MONTSERRAT ROIG | BARCELONA, CIUTAT DE LA LITERATURA

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2020

© Albert Lladó, 2020
Representado por la Agencia Literaria Dos Passos
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 667-2020
ISBN: 978-84-17971-43-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Jordi Lladó Tarrats

Índice

Bienvenidos a Barcelona	13
1. Un techo para todos	19
2. A cada cual... su fuego	25
3. Alpinismo amanuense	33
4. Nieve, dulce nieve	39
5. Lucha sin cuartel	43
6. A las flores que se cierran por la noche	49
7. Boca arriba y boca abajo	53
8. ¡Al ladrón!	57
9. Predecir el tiempo	61
10. El canto del gallo	65
11. A los que saben qué decir para hacerse invisibles	71
12. La travesía de las anguilas	75
13. Encajes en el campo	85
14. El secreto del sabueso	87
15. El abanico y el bordillo	93
16. Arboroscopio	99
17. Apretar la correa	103
18. La cabalgada fantástica	107
19. Dentro y fuera de los bolsillos	111
20. La fiesta más grande	117
Bienvenidos a Barcelona	121

Las anguilas nacen de las entrañas de la tierra,
son animales formados por generación espontánea
en la humedad del fango.

ARISTÓTELES

Sin himnos, sin banderas, sin vivas.

JOAN FUSTER

Los límites de mi lenguaje son los límites de mi
mundo.

LUDWIG WITTGENSTEIN

Claro que la infancia no se fue. ¿Adónde iba a ir?

SAN AGUSTÍN

BIENVENIDOS A BARCELONA

Gabriel ha muerto. Alzheimer. Nadie como él nos ha mostrado que la libertad reclama definir, de antemano, unas reglas de juego. Claras y precisas. Para hacerlas saltar por los aires, si es necesario.

«Benvinguts a Barcelona», se lee desde la autopista. Son unas letras gigantes, blancas, clavadas en un muro que brota, con aires de civilización, desde el Barranco. Parecen emular el famoso letrero de Hollywood. También nosotros tendremos nuestras colinas.

El Barranco, donde instalamos la Guarida, es un terraplén situado bajo la curva que une las calles Agudes y Costabona. Les pusieron a estas serpientes de cemento, que recorren el barrio como si fuese un dibujo de Escher, nombres de montañas bucólicas. Rasos de Peguera, Vallcivera, Perafita. El paisaje falseando la unión entre significante y significado. Dicen que así comienzan los simulacros.

Se podía llegar de Ciutat Meridiana a Vallbona por el Barranco. Para ir al colegio teníamos que saltar las vías del tren. El niño que éramos sorteaba las jeringuillas usadas con saltos rítmicos y espontáneos. Una telaraña inmensa de carreteras y autopistas ejercía de férrea frontera. Oíamos los coches justo por encima de nuestra cabeza. Relinchaban como alimañas que huyen del peligro. El olor de la rueda quemada, así, era nuestra magdalena de Proust. Un rostro de la mañana.

Han pasado veinticinco años. Han colocado escaleras mecánicas. Algún ascensor. Pero el barrio no ha cambiado demasiado. Meri, la Meri. El barrio tiene nombre de mujer. Es un valle de hormigón, inventado de la nada en los años sesenta, que dibuja un boquete perdido bajo la sierra de Collserola. Somos desde el principio un mordisco de esa ciudad a la que os damos la bienvenida. Planearon aquí un gran cementerio. El terreno resultó demasiado húmedo. Y ya podéis ver, prefirieron apostar por la vida. Dicen que se aguanta mejor la intemperie cuando se respira.

El Barranco no suponía la única frontera. Esto es un show de Truman sin cámaras. Torre Baró ofrece, en nuestro *skyline* particular, la silueta de un supuesto castillo. Al otro lado, Can Cuyás (al que nosotros conoceremos siempre como Santa Elvira) completa el abrazo, el confín. Hoy, sus habitantes también tienen su cartel anunciándose al mundo, frente a esas C-58, C-17 y C-33, carreteras con nombres de vitaminas, que hilvanan nuestros ríos de alquitrán. Su cartel, el de Can Cuyás, lo forma la tipografía de un Mercadona colosal, que emerge como una potente e indestructible ágora de la periferia. Una flor ciclópica y carnívora.

Estamos a un cuarto de hora en tren del centro de Barcelona, pero ni somos parte de ninguna capital ni nadie pregunta por nosotros. Ese «Benvinguts a Barcelona» es una suerte de reverso del «Ceci n'est pas une pipe» de Magritte, una traición de las imágenes para el conductor cansado. A esas letras les falta siempre un verbo de futuro, un *seréis* bienvenidos. Aún no. Falta poco. Apenas unos kilómetros. Somos, pues, un preámbulo, un prólogo, la previa. Un barrio que más que periferia es cuneta. Rascacielos encargados, únicamente, de rascar lo que queda en los márgenes.

Los vecinos, hastiados de ser el barrio que acumula más desahucios de España, colgaron en el Barranco una pancarta, tapando el nombre de Barcelona, para aprovechar la cordialidad del «Benvinguts a...» y, justo después, añadir «Ciudad Desahucio». Somos una maqueta de metrópolis desalojada en la que se ha pasado, en menos de una década, de los cuarenta mil a los diez mil habitantes. Cada semana, con la puntualidad del francotirador, una comitiva judicial aparece, junto a la policía, para sacar de su casa a alguna familia sin recursos. «Benvinguts a Ciudad Desahucio».

Aquí hemos vuelto ahora, justo encima del Barranco, para reunir de nuevo a los miembros de aquella sociedad primitiva y discreta. Esquina Agudes con Costabona. Veinticinco años después.

Las venas abiertas de este arrecife eran recorridas por el Chupa, un pequeño autobús que alguien bautizó con ese nombre porque su billete valía lo que costaba un chupa-chups. Si no endulzaba el trayecto, como mínimo permitía a los más viejos cargar las bolsas sin que la compra semanal se convirtiera en una expedición, sin oxígeno ni sherpas, en este Himalaya de orografía especulativa.

Y sin embargo. Y sin embargo la verde infancia, las grutas de la salvaje memoria. Los juegos de lenguaje. Nos diría mucho después Wittgenstein que el lenguaje necesita unas reglas compartidas. El lenguaje pertenece a una colectividad y nunca a un individuo aislado. ¿No nos estaba intentando mostrar eso Gabriel? ¿Qué era, más allá de la aventura adolescente, lo que estábamos inaugurando en la Guarida?

No existe, añadirá Wittgenstein, un lenguaje privado. Pero sí íntimo, constituido siempre por una serie de reglas que se engarzan y se envuelven entre ellas. Igual que las autopistas, que son nuestros muros de cristal. Cada

carretera es una frase en busca de su circunvalación. Una cláusula que ruega convertirse en metáfora. Para salir de su esqueleto. ¿Cómo construir trincheras junto a una comunidad sin ser absorbidos por el músculo de la masa? ¿Qué máscaras encierra la carcasa de una idea?

No lejos de aquí estaba la papelería Revilux. Hace tiempo que tiene la persiana bajada. Ahora es una suerte de iglesia regentada, a ratos, por un pastor dominicano que atiende los martes, viernes y domingo, y que se hace llamar Rey de Reyes.

En el letrero de metacrilato, apedreado por el paso de los años, aún pueden distinguirse las viejas letras negras. Leemos los carteles y los letreros como la auténtica novela que todos hemos olvidado. En ese local uno aprendió a descifrar la Biblioteca de los Jóvenes Castores, biblia de nuestra comunidad ácrata. Y desde allí tomamos conciencia del derecho a decidir de los que elegíamos nuestras propias aventuras, entre dragones y mazmorras, y celebramos, una y otra vez, el pacto de ficción que nos proponía *Mandrake el Mago*.

Permanezco inmóvil frente a la puerta de la papelería, y acaricio, como un estúpido rufián melancólico, la persiana sucia y arrugada. Hasta que me abra el pastor cristiano, acerco el oído al polvo y al hierro oxidado, y únicamente escucho el sonido de mis tripas, las de mi cuerpo, las de mi ciudad.

Claro que hay en estas calles a medio hacer una épica de la resistencia. La naturaleza se agarra a la vida misma y la estruja. Es ése el verdadero jeroglífico. Aquellos sapos que habían hecho de los lodazales, de su légamo castaño, un lugar en el que mostrar sus dotes para el canto. La lagartija que intentaba escapar de nuestras primeras violencias, y corría como Usain Bolt, a veces sin cola, a veces sin cabeza. O los pájaros enjaulados, con el trapo

de cocina en forma de cortina cerrada, que muchos llevaban en una versión prehistórica y aviaria de *Operación Triunfo*. Jilgueros, pinzones, verderones. Y pardillos, como nosotros. O aquellas ratas enormes, como conejos grises sin chistera, que, asustadas, se escondían en las cloacas, mientras los vecinos organizaban yincanas para capturarlas. O ese caballo negro que los gitanos guardaban en la colina, frente a la fábrica de cemento, y que a veces aparecía, como en una epifanía, en un hechizo negro y reluciente.

He venido temprano, después de tantos años, para caminar sin prisas por la patria de la infancia. Faltan cinco horas, aún, para que aparezcan por aquí Juanito, Jaime, Fábio. También vendrán Núria y Anna, y tal vez Eva. No fue demasiado difícil localizarlos en Facebook. No conocen el motivo de la reunión. No saben que Gabriel está muerto.

Es viernes, finales de septiembre, y queda poco más de una semana para que se celebre el referéndum de independencia de Catalunya. Entre las banderas que ondean en los balcones hay algunas señeras, algunas *rojigualdas* y algunas *esteladas*. Pero, sobre todo, destacan las sábanas blancas en las que se puede leer que todo está en venta.

I. UN TECHO PARA TODOS

Me llamo Jordi. Aunque mis amigos me conocen como Jorge, *el Catalán*. Tengo 13 años. Mi padre me ha llevado con él a comprar el diario, y el propietario de la papelería Revilux (le llamaremos el Dealer sin saber muy bien dónde hemos escuchado ese apodo por primera vez) nos explica que Ediciones Montena ha vuelto a editar la Biblioteca de los Jóvenes Castores. Se trata de una colección de veinte libros cuyos volúmenes se publican cada quince días. Acaba de comenzar el curso de 1991 y llevo puesta mi bufanda roja. Ensayo millones de maneras distintas de colocármela hasta que todos crean que es un foulard. Pronto este lugar y esos libros conforman un encuentro sagrado para todos nosotros.

Revilux es una modesta papelería de barrio, pero constituye nuestra puerta abierta al mundo. Venden revistas especializadas para los *heavies* que han comenzado a inundar la zona. Hay golosinas, peonzas, cromos y canicas. Las canicas son ojos de gato. Y buscamos por el barrio a los felinos a los que han dejado tuertos, según nuestras hipótesis maquiavélicas, para hacer el molde de nuestros bolinches.

La papelería está situada en una especie de galería en la que han colocado, como si fueran nichos, algunos comercios con balcones. En el piso de abajo hay una zapatería. Allí comienza también la segregación más o menos

voluntaria. Los *heavies* compran en esa zapatería las indestructibles J'hayber. Les dará autoridad y sentido de pertenencia. Algunos preferirán las Paredes. Los que reivindiquen otra tribu urbana ahorrarán para unas botas Termans, relucientes, amenazadoras. Nosotros, aún demasiado jóvenes para tomar ese tipo de decisiones que implican cierto presupuesto, iremos la mayor parte del tiempo con unas zapatillas de tela, que proclaman en el talón de Aquiles nuestra humilde Victoria.

Las portadas de los diarios no paran de hablar de los preparativos para las Olimpiadas que llegarán el próximo verano, así como de las obras que mejorarán la ciudad (y de las que no hay ni rastro en el barrio).

El Dealer es un tipo hábil, capaz de vender su alma a Satanás. Convince a mi padre de las ventajas pedagógicas de comprar, cada quince días, la Biblioteca. Mi padre accede, por la pedagogía, pero sobre todo porque le sirve para burlarse de mí, ya que los protagonistas de las historias se llaman Jorgito, Jaimito y Juanito. Como yo y mis amigos.

A ellos los convoco para leer, juntos, el primer número. Juanito es el único que en realidad siempre ha sido conocido, incluso hoy, por su diminutivo. Pero también le llamábamos, por motivos obvios, el Rubio. Tiene catorce años y vive en el bloque de al lado. En el barrio cada bloque compone una comunidad, con leyes propias, con rumores propios, con dinámicas intraducibles para los demás. Yo vivo en el bloque A, por ejemplo, y el Rubio en el B. Hay múltiples guerras civiles, de tirachinas y globos de agua, entre el A y el B, que, a su vez, consiguen que el bloque C se convierta en su eterno aliado.

Somos hijos del *baby boom* y la música del barrio es la música de un patio de recreo. Por eso ahora, hoy, veinticinco años después, este silencio es tan sobrecogedor.

Jaime, *el Cabrero*, también es algo mayor. Vive en Vallbona, lo he conocido en el colegio, y se pasa las tardes con nosotros. Es de una fidelidad indestructible, y posee todos los conocimientos de la vida rural que necesitamos en nuestra particular empresa. A veces, desde la curva que une Agudes y Costabona, vemos cómo su padre pastura en un rincón olvidado de la ciudad.

También se une al grupo, aunque no con tanta constancia, Fábio, *el Gitano*, un portugués que duerme con su familia en una caravana. Fábio aparece siempre sin avisar, con su acordeón rojo, de circo ambulante, y con un escepticismo que nos evita más de un problema.

Así, el Catalán, el Rubio, el Cabrero, y a veces el Gitano, acudimos cada quince días a la Revilux para alimentar un ritual, y leer, entre líneas, las instrucciones que creemos que habitan en esos libros aparentemente infantiles. Somos la agencia de detectives Scooby Doo, y nuestra Máquina del Misterio consiste en desenmascarar a las bandas criminales del barrio. Parece un juego. Y lo será durante un tiempo.

La Biblioteca de los Jóvenes Castores está protagonizada por los tres sobrinos del Pato Donald y, por eso, mediante sus moralinas encubiertas, la mentalidad Disney intenta conformar nuestra visión del mundo. Pero nosotros somos, ya, niños salvajes, más cercanos a la tribu de los naufragos de *El señor de las moscas* que a una promesa cándida de ascensión social, y, sin más cultura que la que te ofrece un barranco y unos colegas de aventuras, interpretamos nuestra lectura desde nuestro universo indomesticado. Desde muy pequeños hemos visto tatuada la frustración en la cara de nuestros padres, que viven entre la fábrica y el barrio, entre el médico y el mercado, y cualquier relato edulcorado lo convertimos en comunidad y riesgo. La literatura, ya entonces, o es peligro o no es nada.

Al principio, Jaime, *el Cabrero*, se muestra reticente a la Biblioteca de los Jóvenes Castores porque odia a muerte a los *boy scouts* que traen en excursión al barrio, peinados como monaguillos, desde las zonas altas.

A esos niños, de Les Corts o el Eixample, que aparecían de vez en cuando en la plaza Roja, y para los que éramos como un zoológico urbano de fin de semana, les tirábamos piedras desde nuestras trincheras, hasta que las entidades que organizaban las actividades extraescolares decidían que hay mejores lugares para aprender a hacer una hoguera.

—Nosotros somos más de los yonquis que de los yanquis —bromeaba con el Cabrero, buscando siempre la verdad oculta en el tuétano de las palabras.

Uno esboza un paisaje mientras lee. Por eso no sorprende tanto que el primer artículo del primer número, como si se tratara de un oráculo de lo que ha sido después Ciudad Desahucio, se titule «Un techo para todos». «No tenemos la pretensión de ayudaros a resolver el problema de los alquileres», comienza. Y, a continuación, nos muestra cómo construir una cabaña.

Nuestra cabaña, que levantamos gracias a las instrucciones de la Biblioteca, y a las habilidades de Fábio para hacer todo tipo de nudos, se llama la Guarida, y como hemos dicho antes, estará ubicada en el terraplén situado debajo del actual letrero de «Benvinguts a Barcelona». En ese momento allí, aún, no han escrito nada.

Todos los miembros hemos tenido que aportar algo a nuestra madriguera. Yo he llevado mis prismáticos amarillos. Fábio (quién sabe de dónde lo habrá sacado) ha traído un viejo sofá de escay. Jaime, *el Cabrero*, ha cortado las cañas (el Barranco está lleno) para el techo. Juanito, *el Rubio*, nos ha sorprendido con su colección de fotocopias pornográficas de la serie «Dragon Ball», en las

que el personaje de Bulma se comporta como una maravillosa contorsionista sexual, un material que le suministra, como si fuera de estraperlo, el Dealer de la Revilux. No se puede hacer una cabaña sin cañas, porno impreso y un sofá recuperado de la basura.

Con los prismáticos amarillos vigilamos la colina de Montcada, que poco a poco es devorada, dentellada a dentellada, por la cementera Asland. Cuánta hambre. Y oteamos los trenes que van hacia Manresa, y que estamos a punto de hacer descarrilar cuando ponemos en las vías monedas de veinticinco pesetas para comprobar el peso de la velocidad. Y la gasolinera, junto al polígono, o el túnel más terrorífico del mundo (oscuro y lleno de drogadictos inyectándose heroína), que también une Ciutat Meridiana con Vallbona, y que nos negamos a cruzar porque nos parece más seguro saltar vías, carreteras y despeñaderos que meternos en ese paso recubierto de uralita.

—La *heroína* tiene siempre nombre de protagonista —les digo a mis cómplices, para desdramatizar nuestra cotidianidad, aunque no siempre me rían las gracias.

«Renace una gran idea» es el título del texto que cierra el primer libro de la Biblioteca, y narra cómo el barón Pierre de Coubertin, gracias a su obstinación, consigue revivir las Olimpiadas e inaugura en Atenas, el 4 de abril de 1896, los Juegos de la era moderna. Una tradición que pronto llegará a Barcelona, y que abre todos los telediarrios, pero que nosotros vivimos como algo muy lejano, inalcanzable. Leemos cómo en la Antigüedad, durante los días de competición, existía una tregua que imponía un armisticio a todos los ejércitos. Nuestra guerra, sin embargo, está en otra parte.

El primer número de la Biblioteca, de 125 páginas, también nos enseña a obtener agua, que usamos en un

barrio que nació casi sin tuberías ni desagües, pese a estar atravesado por acueductos que creemos romanos, pero que fueron construidos en el siglo XIX para traer (¡precisamente!) agua del Vallés a Barcelona. También hay en ese primer volumen instrucciones para hacer máscaras bélicas, construir un cinematógrafo, improvisar una mochila de emergencia, conocer el código Morse o el lenguaje secreto de los Dada Urka, así como para saber más sobre el astrolabio o el misterioso calendario azteca.

Todos esos trucos, más o menos adaptados a nuestras necesidades, son los que ponemos en práctica cada tarde, hasta que nuestra agencia de detectives se autoimponga una primera misión.

Parece un juego. Y lo será durante un tiempo.